

VIII

que al poner los ojos en los postreros dias del siglo XV y primeros del XVI, debia despertar la consideracion de la critica, y que por su novedad nos convidaba á consagrarle muy detenido trabajo. Por fortuna, nos era posible ilustrar esta parte con preciosos monumentos del todo desconocidos hasta ahora; y convencidos de la utilidad del estudio y de la importancia de los expresados documentos, no hemos vacilado en dar al primero la extension, que por su naturaleza pedia, incluyendo en las *Ilustraciones* los que más notables y propios de esta obra nos han parecido entre los segundos.

Cerramos, por último, el cuadro literario de nuestra Edad-media con el bosquejo del estado de la poesia popular, desde mediados del siglo XIV hasta el reinado de Carlos I. Sus relaciones con los sentimientos, las creencias y las costumbres, en todas las esferas sociales, y las variadas formas de que en tan multiplicados conceptos se reviste, ofrecian por cierto abundante materia de estudio, si el trabajo que acometiamos habia de corresponder al ya realizado con el mismo propósito¹, y si habia de servir de verdadero fundamento á las investigaciones, que deben dar por resultado el conocimiento de las leyes generales, á que se somete el arte español en la más gloriosa edad de su historia.

Tales son pues los fines á que hemos aspirado al dar cima á las tareas literarias comprendidas en el presente volúmen. Ahora, como siempre, hemos ambicionado el acierto; ahora, como siempre, dudamos haberlo conseguido; si bien descansando en la indulgencia de los hombres doctos, esperamos su fallo, con la tranquilidad de quien todo lo ha puesto de su parte para merecer su benevolencia.

¹ Tomo IV, cap. XXIII.

HISTORIA CRÍTICA

DE LA

LITERATURA ESPAÑOLA.

II.ª PARTE.—SUBCICLO II.º

CAPITULO XV.

ESCRITORES NAVARROS Y ARAGONESES DURANTE EL REINADO DE DON JUAN II.

Carácter de los estudios bajo don Juan de Navarra.—Hereda el trono de Aragon.—Sus hijos.—EL PRÍNCIPE DE VIANA.—Su educacion literaria.—Sus vicisitudes y desdichas.—Su destierro.—Su muerte.—Sus obras.—*Sus cartas y reqüestas poéticas.*—Sus traducciones.—*Las Éticas de Aristóteles.*—Exámen de esta version.—Su Epístola á los Sabios de España.—Pensamiento transcendental de la misma.—Su *Lamentacion á la muerte de don Alfonso.*—Su *Crónica de Navarra.*—Juicio de don Carlos como poeta, filósofo, orador é historiador.—Ingenios que se le asocian.—TRADUCTORES.—Vidal de Noya, Hugo de Urries.—HISTORIADORES CATALANES: Pere Tomich y Gabriel Turell.—ARAGONESES: Pedro X. de Urrea; Luis Panzan; Pablo de Casanate y otros.—FILÓSOFOS Y ESCRITORES DIDÁCTICOS.—El Castellano Alfonso de la Torre.—Algunas noticias de su vida.—*La Vision Delectable.*—Su objeto.—Su materia.—Su forma literaria.—Exposicion y juicio de esta obra.—ESCRITORES ASCÉTICOS.—Noticia de los más celebrados.—ORADORES: don Fernando de Bolea y otros caballeros de la córte.—Oraciones y Epístolas de Bolea á la muerte de don Carlos de Viana.—Carácter de estas producciones.—Observaciones generales.

Mientras al calor del trono de Alfonso V florecian en la córte de Nápoles preclaros ingenios españoles, extremándose tanto en el cultivo de las letras latinas como en el de la poesia castellana y dando en una y otra esfera insigne testimonio de aquella riqueza y lozania, que habian resplandecido en los poetas y oradores de

:

Iberia desde la más lejana antigüedad ¹, no enmudecían por cierto en la corte de don Juan II de Navarra otros no menos dignos ingenios, que asociados sinceramente al movimiento general de los estudios, revelaban en sus obras el que en vario concepto seguía la civilización española. Habíase mostrado el hijo del infante de Antequera desde su primera juventud celoso protector de las letras, excitando, cual saben ya los lectores, á tan esclarecidos ingenios, como el celebrado marqués de Villena, para que enriqueciesen el habla de Castilla con las sublimes creaciones de Virgilio y del Dante: asentado en el trono de Navarra y llamado á gobernar por voto y disposición de don Alfonso la monarquía aragonesa, mientras, saldada la quiebra de Ponza, realizaba aquel la conquista de Nápoles [1436], favorecía don Juan al pro-

¹ Aunque hemos ya advertido, al tratar del caballero Carvajal en el capítulo precedente, que no esquivaron nuestros ingenios el cultivo de la lengua italiana, de lo cual había dado en Castilla notabilísima prueba el docto marqués de Santillana (*Comedieta de Ponza*, copls. XIX y XX), parécenos conveniente añadir aquí que bajo los auspicios de Alfonso V se distinguieron entre los sucesores de Petrarca insignes españoles, que comparten la gloria de aquel parnaso. Tal sucedió por ejemplo al barcelonés Carideu, apellidado en italiano *Chariteo*, á quien Tiraboschi y otros ponen en la cuenta de los ingenios de Nápoles, sin recordar que él mismo declaró su patria, cuando en uno de sus mejores sonetos, que empieza:

Ne forza, ne ragion puon consolarmi,

exclama:

Piangi Barcino, antiqua patria mia.

Sus poesías, que se dieron por vez primera á luz bajo el título de: *Opere del Chariteo* en 1506, por Giovane Antonio Caneto Paviense, y se reimprimieron en la misma Nápoles en 1508, dan claro testimonio de la personalidad de Carideu, presentándole estrechamente ligado con Alfonso V y su hijo don Fernando, á quien acompañó á Roma, como secretario. Entre todas sus canciones, merece especial alabanza, por el espíritu que revela, la que lleva por título: *Aragonia*, y comienza:

Alza la testa al polo, etc.

Carideu es pues con sus obras, inequívoco testimonio de que el ingenio español se hallaba ya dotado de fuerzas, no sólo para enriquecer el patrio parnaso, sino también el de la nación, que no sin justos títulos pasaba por maestra de todas las occidentales en la obra y el arte del *Renacimiento*.

pio tiempo á los ingenios aragoneses y navarros, que se dedicaban al cultivo de las letras, no desdeñados por cierto los castellanos que seguían sus pendones, según arriba comprobamos ¹. Su corte no podía sin embargo competir con la del rey de Castilla en el número y la calidad de los poetas que la exornaban, quienes llamados también de la liberalidad de don Alfonso, atravesaban el Mediterráneo para buscar en Nápoles mayor empleo á su actividad y más colmada recompensa á su musa ².

Hay en la república de las letras en todas las edades cierto linaje de ciudadanos más pacíficos, bien que no menos necesitados de la protección de los poderosos, los cuales dedicándose á más graves vigiliias, contribuyen activamente y en más alta esfera al desarrollo de la cultura de los pueblos. Daba la corte de Castilla notabilísimos ejemplos de este género de cultivadores de las letras, conforme han tenido ya ocasión de advertir los lectores, y no escaseaban en la de Nápoles respecto de los ingenios italianos, llamados de la magnificencia de don Alfonso, y de los que iniciándose en la literatura clásica, habían abandonado su

¹ Véase lo que dejamos advertido en los capítulos precedentes, págs. 423, etc., del t. VI.

El poder que dió don Alfonso á su hermano don Juan era de su lugarteniente y vicario general, con facultad de celebrar cortes en los reinos de Aragón, Mallorca y Valencia, revocando el que tenía la Reina doña María, con su presidencia y gobernación: respecto de Cataluña quedó el gobierno á cargo de la Reina, si bien en su ausencia debía recaer asimismo en don Juan (Zurita, *Anales*, lib. XIV, cap. 35). Por estas singulares circunstancias anduvo la corte de don Juan de uno en otro reino, si bien las revueltas que adelante mencionaremos le alejaron á menudo de Navarra.

² Lícito conceptuamos observar que no ofreciendo los poetas, que permanecen en la corte de don Juan II de Navarra, especiales caracteres que los distinguen de los que en Nápoles florecen, ora pertenezcan al grupo de los trovadores castellanos, ora al de los navarros y aragoneses, ora al de los catalanes, y ya los consideremos sustancial, ya formalmente y respecto de las escuelas en que se filian, los hemos comprendido en el estudio realizado en el capítulo anterior, no sin reservar para este el examinar, bajo el concepto que vamos indicando, los que mientras cultivan las musas, se consagran á otros trabajos de mayor bulto, objeto principal del presente capítulo.

lengua nativa, para ensayarse en la de Ciceron y de Horacio. Empeñados en las vías del *Renacimiento*, apenas se dignaron los eruditos discípulos del Panormita y de Valla de emplear los romances hablados en la Península Ibérica; y cuando vueltos al patrio hogar, trás el fallecimiento de Alfonso V, traian á la España oriental el gusto de las formas clásicas y de la lengua latina ¹, no producian por cierto insignificante perturbacion entre los que seguian cultivando los romances vulgares. Lejanos de aquel movimiento, en cuya corriente se dejaban arrastrar, á despecho de su patriotismo, los más ilustres varones, llevaban á cabo durante el reinado de don Juan II de Navarra [1425 á 1479] la obra de la cultura española, que se manifestaba por medio de las letras y con el instrumento de la lengua castellana, muy distinguidos escritores, entre quienes lograba principalísimo lugar el mismo heredero de la corona.

Y en este punto consistia la principal diferencia que advertimos entre las cortes de aquellos dos príncipes, á quienes á pesar de los desmanes una y otra vez cometidos contra Castilla, su primera patria, habia escogido la Providencia para llevar la gloria del nombre castellano al centro de Europa, hermanando á los reinos orientales, un día adversarios ó rivales al menos, con la España central, cuya poderosa civilizacion iba á ser en breve la civilizacion española. En la córte del rey don Alfonso brillan los poetas aragoneses y castellanos, que hacen aceptable á los trovadores catalanes el habla de Alfonso el Sabio y de Fernando de Antequera: durante la lugartenencia y el reinado de don Juan II, florecen historiadores, filósofos y moralistas valencianos y catalanes, navarros, aragoneses y castellanos, que secundando eficazmente los esfuerzos de don Juan II de Castilla y de los esclarecidos escritores que constituyen la más alta gloria de su reinado, iban á proseguir la obra de los Muntaner y los Heredia, de los Eugui y los Lunas, haciendo del todo española aquella literatura, que habia fluctuado largo tiempo entre Francia y Castilla.

¹ Recuérdese todolo expuesto en el cap. XIII, pág. 406 y siguientes del anterior volumen.

Pero el hijo segundo de Fernando el Honesto, no protege sólo á los ingenios castellanos, aragoneses y navarros como heredero del rey Carlos, el Noble, y lugarteniente de Alfonso V: llamado á sucederle en el trono de los Jaimes y de los Pedros en 1458, condeales, á pesar de las revueltas que le molestan, igual proteccion desde el trono aragonés, no olvidadas las aficiones de la juventud, que trasmite á sus hijos, célebres por muy distintos conceptos en la historia de la civilizacion española. Lugar distinguido alcanzaba en la de las letras el primogénito don Carlos, príncipe de Viana, no menos digno del aplauso de la posteridad por sus obras que merecedor en vida de la compasion de los pueblos, merced á las persecuciones en él ejecutadas por su propio padre. Convidanos tanto su mérito como la calidad de su persona y la influencia que su ejemplo ejerce, siendo al par cultivador y promovedor de los estudios, á ponerle en primer lugar entre los ingenios de aquella córte, que respetándole durante sus azarosos dias, le colmaban de alabanzas en su prematura muerte ¹.

Nacido en 1421 de doña Blanca de Navarra y del infante don Juan ², pusieron desde la cuna las esperanzas en él su abuelo don Carlos y la nacion entera, merced á las claras dotes que ya en la infancia descubria, grandemente elogiadas por los poetas castellanos que siguieron el partido del Infante, no menos que su extremada hermosura ³. Muerto su abuelo en 1425, no

¹ Véase el bello epitafio latino de Gerónimo Pau, inserto en la página 413 del precedente volumen, y más adelante la notable elegía, que escribe con igual propósito Guillermo Gibert de Barcelona.

² En Peñafiel el 29 de mayo, no siendo bautizado hasta el 1.º de octubre del mismo año, que recibió en Olmedo las aguas sacramentales, siendo sus padrinos el rey don Juan de Castilla y don Álvaro de Luna, que se hallaba á la sazón en la flor de su privanza. En junio de 1422 fué trasladado á Navarra por su madre doña Blanca (Archivo de Comptos, caj. 121, número 17); circunstancia en que fijamos nuestra consideracion, para que se tenga presente dónde y cómo se educa el Príncipe, al tratar de la lengua usada en sus obras.

³ Hemos citado antes de ahora, estudiando las poesías de Juan de Dueñas, el *dezir* que este dirige al Infante don Enrique, dándole parte de lo

sin que fuese jurado tres años antes, con beneplácito universal, por príncipe de Viana, título que á imitación de Castilla había creado el mismo don Carlos, recibíenle en 1428 por heredero del reino los Estados de Navarra. Su afición á los estudios crecía entre tanto con la edad, ganándole la estimación de los discretos; y adoctrinado en la lengua latina y en las artes liberales, merced á los doctos esfuerzos del castellano Alfonso de la Torre, de quien luego trataremos, empezó desde la juventud á ensayar sus fuerzas en el cultivo de las letras. Llegado apenas á los diez y nueve años, enlazábanle sus padres con Ana de Cleves, sobrina de Felipe el Bueno, duque de Borgoña, afligiéndole á poco andar la desdicha de perder á su madre, causa dolorosa de todas sus desventuras (1442).

que pasaba en Navarra y noticia de don Carlos, su sobrino. Escrito sin duda el referido *dezir* por los años de 1426, cuando todavía no usaba aquel título de *Príncipe*, ponderaba Dueñas su hermosura sobre la de Narciso, y añadía:

Pues despues de ser fermoso,
lindo syn comparación,
guareçe al que no es gracioso
de gentil conversacion.
En verdad, señor Infante,
que no hay persona bastante
á loar su condiçion.
Que sus virtudes son tantas,
syn ninguna maña fea,
syn duda pensamos quantas
no hay persona que las crea.
Nin creemos en verdad,
Niño de tan poca edad,
que en el mundo su par sea.

Poniendo fin á sus versos, añadía Dueñas:

El Señor Dios lo provea
de corona ymperial.

(*Cancionero*, que fué de Gallardo, fól. 428). La optación del poeta no se realiza por desgracia, como queda también en flor su esperanza respecto de la reina doña Blanca, cuando le decía:

Quien de fijos tan discretos
vos fiso mercedora,
vos faga presto señora
de más exçelentes nietos.

(*Cancionero*, que fué de Gallardo, fól. id.)

Por testamento otorgado en Pamplona en 1439 había doña Blanca instituido al Príncipe heredero del reino de Navarra y del condado de Nemours, bien que con expresa cláusula de que no tomase título de rey, sin la *benevolencia et bendición* de su padre, ó despues de su fallecimiento. Obediente á su madre, contentábase don Carlos con la lugartenencia del reino ¹; y dando muestras de aquel ingenio que resplandecía en las lides poéticas y discusiones morales por él sostenidas, añadía al escudo de sus armas la singular empresa de dos lebreles, que pugnaban por roer un hueso, con el mote de *Utrimque roditur*; viva alegoría de los reyes de Castilla y de Francia, que aspiraban, cada cual por su parte, á cercenar el reino de Navarra ². Mezclado don Juan, su padre, más que nunca en las revueltas de Castilla, aliábase entre tanto con el almirante don Alonso Enriquez, tomando por esposa á doña Juana, su hija, jóven tan sagaz y ambiciosa como bella, y que trayendo al matrimonio proyectos de propio engrandecimiento, iba á lanzar la tea de la discordia entre padre é hijo. Y no tardó mucho la ocasión en que se hiciera pública la ojeriza de doña Juana respecto de don Carlos: rotas las hostilidades con el castellano, penetraban las huestes de don Juan II, capitaneadas por don Álvaro de Luna, hasta la misma Estella, poniéndole estrecho cerco: el Príncipe de Viana dirigíase al real, fiado con justicia en la benevolencia

¹ Consta sin embargo por documento público, inserto por Yanguas en sus *Noticias biográficas de don Carlos, príncipe de Viana* (pág. XV y siguientes), que al terminar el expresado año de 1442, se vió ya el Príncipe forzado á protestar contra la usurpación de sus derechos en córtés generales, celebradas por él en Olite. En este documento, preludio de mayores quejas, se lamenta don Carlos de que su padre se había entrado en Navarra, y decía: «Somos avisados que el dicto rey, mi senyor, quiere usar de los *actos reales, assi en convocar cortes como en otros*: lo qual ser perjudicable á Nos et nuestro dreito, ninguno ay que ignore». El Príncipe demandaba consejo á las córtés, que le persuadían al disimulo, bien que no dejando «de fazer protestacion, para empues, de non consentir al dicto senyor rey su padre en ningunos actos... en quanto fueren perjudicables á su sennyoría et al dreito suyo» (Arch. de Pau, liaz 437, núm. 11).

² Yanguas, *Antigüedades de Navarra*; Quintana, *Vida del Príncipe don Carlos*.

del rey, su tío, y entabladas pláticas de paz, retirábase luego el ejército de Castilla, asentado entre ambos amistoso concierto. No satisficieron al lugarteniente de Aragón las condiciones; y desaprobándolas públicamente, enviaba á Navarra la reina doña Juana Enriquez, para que enmendase los pretendidos desaciertos del Príncipe, reduciéndole á singular tutela.

Produjo la presencia de doña Juana en la nación entera los más funestos frutos: dividida de antiguo la nobleza en dos bandos irreconciliables, que con nombre de *agramonteses* y *beamonteses* ensangrentaban de continuo las más populosas villas¹, causaron hondo disgusto el menosprecio y la altanería, con que la reina trataba á don Carlos, disponiéndose los ánimos á favorecer al Príncipe, cuya humillación los indignaba. Tocó á la parcialidad de los *beamonteses* el tomar la iniciativa, hecho que excitando los celos de sus rivales, bastaba á empeñarlos contra el hijo de doña Blanca, desconociendo la justicia y cegándose al punto de hundir la patria comun en lastimosa anarquía. Envuelto en el torbellino de los antiguos odios que despedazaban á sus naturales, mientras lloraba don Carlos la muerte de su esposa, de quien no le concedía el cielo sucesión (1458), hallábase forzado á llevar armas contra su padre, asediando en el castillo de Estella á doña Juana Enriquez, madre desde los primeros meses de 1452 del infante don Fernando, y como tal, más que nunca decidida á labrar la ruina del Príncipe heredero. Desde Aragón voló don Juan en socorro de la reina; y tras diversas vicisitudes, lograba al cabo apoderarse en Aibar de su

1 Traían estos poderosos bandos, que nos recuerdan otras muchas parcialidades de Aragón y Castilla, su origen de la enemistad que de antiguo existía entre los señores de Lusa y Agramonte en la baja Navarra, enemistad que había producido en 1438 obstinada lucha, mal reprimida por el rey don Juan, cuya atención seguían embargando los disturbios de Castilla. Los partidarios de Luis de Beaumont ó Biamonte tomaron el título de *beamonteses* ó *biamontes*, del nombre de su caudillo, y los de la parcialidad opuesta aceptaron el de *agramonteses*, del lugar del señorío. Estas banderías iban á ser fatales para Navarra y muy perjudiciales al Príncipe don Carlos.

hijo, encerrándolo primero en el castillo de Tafalla y llevándolo despues con buena guarda al de Monroy.

Con general desabrimiento cundieron en los reinos de Aragón y Navarra las nuevas de la prisión del Príncipe; y tan vivo fué el interés que inspiraba su desgracia, así en Pamplona como en Zaragoza, que vencido al fin de los ruegos, accedió el lugarteniente de Alfonso V á que fuese don Carlos trasladado á la última ciudad, donde á la sazón celebraba córtes del reino, fiando á las mismas la composición de las diferencias, que traían escandalizadas y divididas á entrambas naciones. Pensaron las córtes aragonesas poner remedio á tantos desórdenes, lograda la libertad del Príncipe de Viana y ajustada entre este y su padre cierta manera de concordia, en que se respetaban mutuamente los derechos por ambas partes alegados; pero no transcurrieron dos años, cuando en el de 1455 se habían menester nuevos tratos y avenencias, llegándose por último al trance de las armas, que no siendo ahora más favorables al Príncipe, estrechado en Estella por las triples huestes de su padre, de su madrastra y de su cuñado, el conde de Foix, le forzaban á salir de Navarra, buscando asilo y protección en tierras extranjeras, y confiando á don Juan de Beaumont la guarda de sus derechos.

Á Nápoles dirigía don Carlos sus miradas y sus pasos, pensando hallar en Alfonso V el calor y cariñosa protección, que su mismo padre le negaba: el vencedor de Aversa y de Lassano recibía en efecto benévolamente al desvalido Príncipe, intercediendo una y otra vez con su hermano, don Juan, para que, olvidadas las pasadas ofensas, se reconciliase con su hijo. ¡Vano propósito!... Don Juan había desheredado en las córtes de Estella, donde sólo concurrieron los *agramonteses*, á don Carlos y á su hermana doña Blanca, que mostraba dolerse de sus desventuras, declarando herederos del reino á su hija doña Leonor y al conde de Foix, su marido, mientras congregados en Pamplona, proclamaban los *beamonteses* al Príncipe de Viana como único señor y rey de Navarra [1457]. En balde el generoso don Carlos desaprobó la conducta de sus parciales, á cuya cabeza aparecía el egregio cuanto ilustrado don Juan de Beaumont, y sumiso como siempre á la última voluntad de su madre doña Blanca, rechaza-

ba el título de rey: exasperados los ánimos y creados á la sombra de aquellos disturbios nuevos intereses, reputóse debilidad lo que era magnánima nobleza, y tiraron todos sus enemigos á perderle, malquistándole con don Enrique de Castilla, que hasta aquel momento le habia permanecido devoto. Enojó á don Alfonso este encarnizamiento; y resuelto á ser oído y respetado, envió á su lugarteniente nueva embajada con el maestre de Montesa, Luis Despuch y el celebrado Juan Fernandez de Híjar, cuya autoridad era tanta que forzado don Juan á escucharlos, ponía al cabo en manos de don Alfonso la resolución de aquel escandaloso litigio. El fallecimiento del rey de Nápoles, acaecido en mayo de 1458, hundía de nuevo al desdichado Príncipe en lastimoso abandono, inspirándole triste *Lamentación*, que á dicha ha llegado á nuestros días, para revelar hoy al mismo tiempo sus dolores y su elocuencia.

Pensaron los nobles napolitanos templar la amargura de don Carlos, ofreciéndole aquella corona, que don Alonso habia puesto al morir en las siénes de su hijo bastardo, don Fernando: magnánimo y prudente resistía el de Viana la tentación, pasándose á Sicilia, y buscando en el monasterio benedictino de San Plácido, junto á Mesina, la paz que huía de él en el mundo. Pero tampoco le respetaron allí sus enemigos: ganados por sus prendas personales y afición á los estudios, primero el respeto de los monjes, y despues el aura popular de los sicilianos, á lo cual contribuían también sus aventuras amorosas ¹, despertaba el comun

1 Don Carlos se enamoró en Sicilia de una hermosa jóven, llamada Cappa, en la cual tuvo un hijo, á quien dió los nombres de Juan Alfonso de Navarra, en memoria de su padre, de su tío y de su patria. Siendo la bella siciliana de humilde cuna, y mostrándose el Príncipe ardientemente apasionado de ella, no pudo menos de excitar la curiosidad, y trás ella esa singular adhesión que alcanzan siempre las aventuras extraordinarias. El hijo de Cappa, consagrado á la Iglesia, vino á ser con el tiempo abad de San Juan de la Peña y obispo de Huesca. Pero no fueron estos los únicos amores de don Carlos: durante su permanencia en Navarra habia obsequiado á doña Brianda de Vaca (Gonzalo García de Santa María, *De Rebus Iohannis II Aragoniae*, Bibl. Nacional, Dd. 184, f. X r.), y á doña María de Armendariz, quienes le dieron, la primera un hijo, que alcanzó el condado

aplauzo la mal reprimida ojeriza de la córte aragonesa; y receloso don Juan de la fidelidad de los isleños, accedía á los ruegos del Príncipe, que instaba por venir á la Península, no sin hacerle concebir la esperanza de aquella reconciliación que tan ardientemente anhelaba (1459).

Al tocar las costas catalanas, recibía el desdichado Príncipe expreso mandato de su padre, que le obligaba á trasladarse á Mallorca, viendo así desvanecidos los sueños de felicidad que habia concebido, al abandonar el monasterio de Mesina; y desde el nuevo destierro dirigía á don Juan en todo el año de 1459 repetidas súplicas y demandas, que daban por último resultado la concordia de 26 de enero de 1460. Por ella se adjudicaban á don Carlos las rentas del principado de Viana, y restituidos á la libertad los rehenes de Zaragoza, se concedía perdon general, con olvido de las pasadas culpas ¹.

Alentado por la santidad del pacto y fiado en la benevolencia, que parecía mostrarle su padre, faltaba al generoso Príncipe el tiempo para volar á Cataluña, ignorando que el amor de aquellos naturales iba á precipitar su ruina.—En el monasterio de Valdonzellas, famoso ya en la historia de las letras españolas, por haberse celebrado en él repetidos consistorios de la *Gaya sciencia* ², hallaba hospedaje el primogénito de Navarra y de Aragon, cundiendo luego á la próxima ciudad de Barcelona la nueva de su arribo. Nobles y ciudadanos, clero y milicia aprestáronse á recibirle con aparato semejante al empleado en Nápoles en el triunfo del rey don Alfonso ³: don Carlos se negaba á aceptar aquella

de Beaufort y el maestrazgo de la caballería de Montesa y murió en la guerra de Granada, y la segunda una hija (Yanguas, *Noticias biográficas* citadas, pág. XXX).

1 Al mismo tiempo que esto se acordaba, dejóse engañar don Carlos hasta el punto de mandar que su hermana, la princesa doña Blanca, y don Felipe y doña Ana, sus hijos naturales, fuesen llevados al rey don Juan, como se ejecutó, á pesar de que todos, menos el Príncipe, conocían que esto era entregarlos en rehenes, para la perdición del mismo Príncipe y de la Princesa (Yanguas, loc. cit., pág. XXXIII).

2 Véase lo que en el particular apuntamos en el cap. VII, pág. 19 del anterior volumen.

3 No es para desdeñada la declaración que hacen los escritores coetá-

unánime demostracion, temeroso sin duda de provocar el enojo de su padre; pero ni acertó su prudencia á prevenir la ira del rey, ni alcanzó su modestia á evitar que se le atribuyeran en la córte siniestras ambiciones. Don Juan partió precipitadamente á Barcelona, acompañado siempre de la reina: á su encuentro salía el Príncipe de Viana, hallándolos en Igualada; y como se presentara á los reyes en actitud de hijo, besándoles la mano y pidiéndoles perdón de lo pasado, pareció desarmarse la cólera del padre, encaminándose todos juntos á Barcelona, donde eran recibidos con espontáneo regocijo, juzgándolos reconciliados.

Nada más distante sin embargo del endurecido ánimo de don Juan y de las exclusivas pretensiones de la reina: en las córtes de Fraga, cuando esperaban todos jurar como príncipe de Gerona al de Viana, negábase el rey á declararle su heredero; y dado el primer paso, no reparaba en encerrarle en un castillo, al celebrar las de Lérida, só pretexto de haber aspirado sin su consentimiento á la mano de Isabel de Castilla ¹. La nueva de esta inesperada violencia producía en toda España hondo disgusto; é irritados los catalanes, al contemplar las maquinaciones de que don Carlos era víctima, gastado todo comedimiento y apuradas las súplicas, apelaron á las armas. La irritacion popular que habia estallado en Barcelona, no respetaba en Lérida el palacio real; y

neos sobre este punto, manifestando que se preparaba al Príncipe una entrada triunfal, como las de los antiguos emperadores romanos. Considerando el *Triunfo de don Alfonso V* y conocido el de los Reyes Católicos, que en su lugar mencionaremos (cap. XVIII de este II.º Subciclo), es fácil comprender lo que en las esferas intelectuales significaba el preparado á don Carlos de Viana, manifestando todos estos hechos el camino, que llevaban las ideas en las vías del *Renacimiento*, lo cual es de suma importancia para nuestros estudios.

¹ El mayor pecado de don Carlos era en efecto el proyectado matrimonio con la infanta doña Isabel, hermana de Enrique IV de Castilla: el rey don Juan, y más que el rey la reina doña Juana Enriquez, preferían ver al Príncipe antes muerto que casado, desde el nacimiento del infante don Fernando; y á este pensamiento nada habia que no sacrificáran, siendo pequeños obstáculos á su logro la felicidad del hijo y la prosperidad de Aragon y de Navarra.

el rey de Aragon, huyendo de sus propios vasallos, tenia apenas tiempo para poner en salvo á doña Juana Enriquez, blanco de todos los odios, llevando consigo al desdichado Príncipe, que guardado primero en el castillo de la Aljafería, era trasladado al comenzar el año 1461 al más enriscado de Morella.

Aragon, Valencia y Navarra habian respondido entre tanto al grito de Cataluña, enviando al par sus ejércitos el rey de Castilla para rescatar al oprimido Príncipe de Viana; y amenazado de tantos peligros, daba don Juan libertad á su hijo, ordenando para desenojar á los catalanes que le acompañase á Barcelona la misma reina, á quien el voto universal señalaba como fuente de tantos males. No veía el rey de Aragon que el inmediato cotejo del oprimido y de la opresora debia exasperar la popular indignacion; y desconcertado en sus proyectos, olvidaba que libre don Carlos y defendido por un pueblo entusiasta y justamente irritado, se ponía en el trance de aceptar las condiciones que osáran imponerle. La concordia de Villafranca fué una verdadera humillacion para aquellos reyes: el Príncipe de Viana era proclamado y jurado solemnemente el 24 de junio como primogénito y heredero del reino de Aragon; don Carlos reclamaba la herencia de su madre, y á todo parecia allanarse don Juan, comenzando para el perseguido hijo de doña Blanca una era de paz, restablecido en los derechos que le habia concedido el cielo. Tres meses despues veíase acometido de inesperada dolencia, que le llevaba al sepulcro, cuando apenas contaba los cuarenta y un años de su vida: el pueblo murmuró que habia muerto envenenado, acusacion que ha penetrado tambien en la historia ¹.

¹ Para este breve bosquejo hemos consultado los historiadores coetáneos, Gonzalo García de Santa María, fray Gualberto Fabricio, Diego Enriquez del Castillo y Marineo Sículo, y los escritores de los siguientes siglos, Beuter, Zurita, Blancas, Yepes, Garibay, Aleson, Abarca, Moret, Lanuza, Amian, Mariana, Nicolás Antonio, Ferreras, Yanguas y Quintana, no perdiendo de vista los dietarios de Barcelona, ni los documentos que bajo el título de *Levantamiento y guerra de Cataluña en tiempo de don Juan II*, se han dado nuevamente á luz en la *Coleccion de los inéditos del Archivo general de la corona de Aragon* por sus eruditos conservadores. Casi todos aquellos escritores cargan la mano al rey don Juan, como lo hace tambien

En medio de tantos contratiempos, aquejado de aquella inquietud y zozobra que nacían indefectiblemente de las persecuciones, parecía imposible que el Príncipe de Viana pudiera consagrar un sólo momento al cultivo de las letras; y sin embargo, según su propia declaración, pasaba la vida entera «siempre leyendo y escribiendo», con lo cual hallaba alivio á sus quebrantos, siendo el comercio de las musas y el trato de los poetas y moralistas, que á la sazón florecían en los reinos de Aragón y de Navarra, el único bálsamo á sus dolores. «Alégranse (decía el Príncipe) los que han desseo de sciencia quando topan con tal que al su apetito satisfaga»; y dominado de esta idea, no solamente excitaba á los trovadores castellanos, acogidos en Navarra, á entrar en lid poética, sino que dirigía también sus cartas y *reqüest*as á los valencianos y catalanes, que más renombre alcanzaban, proponiéndoles difíciles cuestiones. Ni era ostáculo para don Carlos la humilde condición de los poetas, autorizada ya felizmente la máxima de que sólo ennoblecía el propio merecimiento, y dado el ejemplo por los reyes de Aragón y de Castilla, quienes con igual mano honraban á los trovadores ricos y de elevada alcurnia que favorecían á los menesterosos y plebeyos. De esta manera, mientras honraba con su amistad á un Alonso de la Torre, á quien no sin razón dieron sus coetáneos, según en breve probaremos, el título de *filósofo*, á un Mossen Ausias March, príncipe de los poetas valencianos ¹, á un Mossen Juan Roiz de Corella, cultivador

en nuestros días el académico Lafuente: los documentos, inflexibles siempre é imparciales, descubren sin embargo alguna culpa en el Príncipe, que hicieron sin duda perdonar sus desventuras. Lo que resulta probado es, según queda advertido, que era don Carlos un estorbo á la política de la reina doña Juana; y de aquí hubo de tomar cuerpo la acusación del veneno, vivamente apoyada por el odio de la muchedumbre, respecto de la segunda esposa del rey don Juan. Don Carlos fué enterrado en el monasterio de Poblet, panteón de los reyes aragoneses.

¹ De la amistad, ó mejor diciendo, del respeto con que don Carlos de Viana trataba á Ausias March, en quien edad é ingenio establecían cierta especie de magisterio literario, nos da cierta razón el veracísimo Zurita, cuando en el t. IV de sus *Anales* (lib. XVII, cap. 24) escribe que era el Príncipe «muy aficionado á la poesía é hizo mucha honra á los hombres de

afortunado de la lengua catalana y á otros no menos renombrados ingenios, no se dedignaba de proponer gallardas *reqüest*as á aquel Juan Poeta, hijo del pregonero de Valladolid, que perseguido de la fortuna, como antes de ahora manifestamos, había recorrido todas las córtes españolas. El Príncipe aspiraba á infundirle confianza, diciéndole con hidalga franqueza:

Anssi como al fierro | agussa la muela,
é faze por Dios | que presto é byen taja,
anssi un sciente | á otro consuela
é assaz le procura | sin dubda uentaja ¹.

letras.» Ximeno, repitiendo estas palabras, observaba que fué don Carlos «muy honrador principalmente de nuestro Ausias March, el cual (añade) según afirma Zurita, fué el más estimado y preferido en su amistad y privanza (t. I, pág. 42 de los *Escritores del Reino de Valencia*). Lo mismo han escrito después otros varios literatos; y antes que todos había indicado Gonzalo García de Santa María cuanto notamos en el texto, observando que el Príncipe «gaudebat litteratorum consortio» (Bibl. Nac., Cód. Dd. 184, folio IX v.). Y una prueba irrecusable de esta verdad la tenemos en la solemnidad con que celebró la colación del grado de doctor en teología al confesor de la princesa, su esposa: «Este día (dice un documento auténtico) fué dado el nombre et la honor et dignitat de doctor al confesor de la señora Princesa, presentes los... doctores et maestros en teología, que vinieron de Aragón por la dicta causa» (Arch. de Comptos, cajón 148, núm. 25). El Príncipe obsequió al nuevo doctor con una magnífica sala (fiesta de corte y cena).

¹ Por desdicha no se han transmitido á nuestros días las composiciones poéticas del Príncipe de Viana, lo cual ha sido causa de que se asiente una y otra vez «que su musa le inspiraba en el lenguaje de los trovadores» (Yanguas, *Noticias biográficas* citadas, pág. XLI), suponiéndole sin duda cultivador de la lengua catalana. La hipótesis no carecería de algún fundamento, sobre todo refiriéndonos á los últimos años de su vida; pero teniendo presente la educación literaria del Príncipe por una parte, y considerando por otra que todas las obras de su pluma que han llegado á la posteridad, están escritas en el romance navarro-castellano, que distinguía repetidamente con título de *materno lenguaje*, no falta razón para creer que pudo don Carlos, siguiendo el ejemplo de Villena, Mena y Santillana, ensayarse también en el arte alegórico, usando siempre el referido romance. Y no es argumento baladí respecto de este punto el verle contender con los más señalados escritores y poetas catalanes y valencinos, empleando, mientras ellos se expresan en su idioma propio, la lengua adoptada para sus versiones del